

La sociedad española del siglo XVI como trasfondo en Cervantes, don Quijote y Roque Guinart

Jorge Aladro

"Yo soy dos y estoy en cada uno de los dos por completo"

San Agustín

I

Sobre el Quijote se ha dicho ya hasta lo indecible. Los críticos han analizado los capítulos de esta obra desde "casi" todos los puntos de vista. Afortunadamente para nosotros, el "casi" nos permite volver al estudio de la novela de Cervantes. Tal es el caso del capítulo LX del libro II, "De lo que le sucedió a don Quijote yendo a Barcelona", en el cual aparece Roque Guinart, el único personaje real de la novela. Sobre este aspecto poco es lo que se ha dicho. Martín de Riquer, por ejemplo, ha señalado lo siguiente:

"La aparición de Roque Guinart en las páginas del Quijote es algo insólito en la novela. En ella todos los personajes son imaginarios y productos de la fantasía y el arte de Cervantes; (...) los Duques, por ejemplo, parecen inspirados en los de Villahermosa, el novelista se guarda muy bien de afirmar que lo sean, pues éstos pueden ser los 'modelos' de aquéllos, pero no hay identidad entre unos y otros. Roque Guinart en cambio es un personaje rigurosamente histórico

y contemporáneo no tan sólo a los sucesos que se narran en el Quijote sino al momento en que Cervantes está escribiendo"¹

¿Por qué la aparición de Roque Guinart es considerada como "algo insólito", extraña, sorprendente? Sobre ello nada, o muy poco, se ha indagado. Nuestro propósito es detenernos en el estudio de este capítulo, ya que consideramos que la aparición y trascendencia de este personaje permiten otra lectura del Quijote.

II

Cervantes, como todo creador, escribe impulsado por fuerzas e intenciones conscientes e inconscientes, pero las significaciones de la obra son muy distintas ya que ella se desprende de su autor y se transforma en una realidad autónoma y los placeres y sorpresas que nos depara su lectura nunca coinciden exactamente con esos impulsos e intenciones. Las obras no responden a las preguntas del autor sino a las del lector. Hay en la lectura del Quijote algo que no está escrito de puño y letra por Cervantes, pero que se nos es transmitido de una forma subliminal; se nos dice sin decir como una "música callada" ya que el autor deja siempre entre las ideas y la realidad un margen de ironía, de silencio, y es ahí donde hemos de buscar la gran parodia quijotesca: a través de un "loco" y de un "ignorante", dos voces sin eco social, se nos ofrece una crítica mordaz al "espíritu de la época".

En toda sociedad funciona un sistema de prohibiciones y autorizaciones, el dominio de lo que se puede hacer y de lo que no se puede hacer... Hay otro círculo, generalmente más amplio, dividido también en dos zonas: lo que se puede decir y lo que se debe callar. Las autorizaciones y las prohibiciones comprenden una gama de matices muy rica y varia de sociedad a sociedad, de época a época. No obstante, unas y otras pueden dividirse en dos grandes categorías: las expresas y las implícitas. La prohibición implícita es la más poderosa, es la que por sabido se calla o se dice sin decir. El sistema de represiones vigente en cada época reposa sobre ese conjunto de instituciones (la nobleza, el

1. Riquer, Martín de. *Aproximación al Quijote*. Editorial Teide: Barcelona, 1967.

clero, el ejército, la monarquía, etc.) que ni siquiera requieren el asentamiento de nuestra conciencia. Sin embargo, no pocas veces y casi siempre a pesar suyo, Cervantes viola ese código y dice lo que no se puede decir. Por su voz habla la otra voz, la voz que juzga, reprueba, critica. Su verdadera voz. Pero Cervantes, cautivo, perseguido y encarcelado, no quiere enfrentamientos directos con el poder y sus estamentos más representativos; rehuye posibles cortapisas a lo que él considera su razón vital: escribir.

La obra sobrevive a su autor dando lugar a interpretaciones distintas y la comprensión del Quijote incluye la prohibición a que se enfrenta esa obra. Cervantes nos dice algo pero para entender ese algo debemos darnos cuenta de que es un decir rodeado de silencio. ¿Pero dónde está ese enigma? El enigma de don Quijote es muchos enigmas: los de la vida y los de la obra. Es claro que hay una relación entre los de la vida y los de la obra de un escritor pero esa relación nunca es simple. La vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica la vida. Pero entre vida y obra encontramos un tercer término subyacente en toda novela: la historia y la sociedad.

Uno de los privilegios de que gozan los escritores, en deterioro de los historiadores, es el de presentarnos a los personajes con una existencia propia e individual y al mismo tiempo como reflejo de una realidad social, máxime cuando se trata de una obra cuyo autor tomó el fondo y los actores de la sociedad en que vivía. Por eso el Quijote nos muestra, entre otras muchas cosas, un vasto y pintoresco panorama de la España de finales del siglo XVI.

Apenas es menester señalar que la diferencia de clases establecida por el régimen de la sociedad feudal en el medioevo mantenía casi intacta su estructura en la época de Cervantes. El autor del Quijote distingue tres categorías sociales: la nobleza, los hidalgos y el vulgo; esta división de clases, como nota esencial de aquel tiempo, se observa en cada capítulo de la obra. Esta división clasista estaba tan arraigada en la España del XVI que los poderes fácticos no tardaron en establecer una nueva diferenciación social según la religión de los que la profesaban; vemos en las páginas del Quijote una España no sólo dividida económicamente sino también sobre la distinción religiosa: cristianos y no cristianos (moros, judíos, mudéjares, etc.). "¿Esta señora es cristiana

o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese" (Libro I, cap. 37). Dentro de esta división había también diferencia entre los mismos cristianos: los viejos y los nuevos, pese a que tal disparidad estaba en oposición con el espíritu del Evangelio.

Las páginas del Quijote ofrecen al lector contemporáneo un magnífico lienzo de una sociedad en crisis que incapaz de acomodarse a los nuevos tiempos se encierra en sí misma, viviendo de un sueño que poco a poco va convirtiéndose en una pesadilla.

La sociedad española del XVI es una sociedad injusta con una nobleza anquilosada en el poder, defendiendo unos privilegios que ya no le pertenecen pero con un aliado poderosísimo: la iglesia. Cerca de los nobles, en un rango inferior, están los hidalgos, clase parásita por excelencia. Esta clase no era homogénea, pues dentro de ella existían diferencias y categorías determinadas por la mayor o menor cantidad de bienes. Los hidalgos pobres y ociosos eran muy frecuentes.

El retablo que el Quijote nos muestra del pueblo no es menos cabal y completo que el que nos ofrece de las clases dominantes. El campesinado, como principal clase contraria a la aristocracia, estaba condenado a una pobreza espantosa. La revolución de los precios, motivada por la afluencia de metales americanos, y la respectiva disminución del valor adquisitivo del dinero, perjudicó en primer lugar a la clase económicamente más débil: el campesinado. Los gastos militares de las fracasadas aventuras guerreras y, ante todo, los de la Armada Invencible, no hicieron más que aumentar la escasez y la penuria del pueblo. A esta situación socialmente injusta ha de añadirse que la iglesia y la nobleza se hallaban libres de impuestos, de modo que los labradores tenían que soportar el doble yugo del trabajo y de las cargas tributarias. Resumiendo, en la España de Cervantes, los pobres eran los únicos que trabajaban, y uno de los motivos de su indigencia era el lastre de sus impuestos que servían para mantener la posición de los que no trabajaban. Como consecuencia la sociedad agrario-señorial de 1600 entra en una crisis de tal naturaleza que suscita que un intérprete de su propia talla fije en imágenes literarias el contraste y la contradicción entre unas superestructuras míticas y la realidad de las relaciones humanas de la época.

III

Debería ser regla general de la crítica, tratándose de ciertos autores, sobre todo los situados en las encrucijadas de los estilos y de las épocas, desligar al autor, como tal, de la obra creada como relato y como resultado total del milagro estético. Esto, al menos como hipótesis de trabajo, o como recurso metódico, suele conducir a buen paradero. No es distinguir entre el hombre y la obra, sino al autor de la obra, fundido en ella, de una parte, y al relato de la obra, de otra. Así en Cervantes, para entender mejor su intención, debemos distinguir, en lo que toca al capítulo en donde aparece Roque Guinart, la actividad del relator, de una parte y, de otra, el relato mismo.

Cervantes retrata a este famoso personaje histórico según lo conoció la leyenda popular que circulaba por España en los años en que escribía su segunda parte. Lo presenta tal como era en la realidad: admirado bandolero de 34 años que habiendo impuesto su dominio en Montseny, la Segarra y los alrededores de Barcelona, había sido indultado por el virrey Pedro Manrique y desde entonces estaba al servicio del rey como capitán de una tropa regular en Nápoles. Aunque se adelantó a presentarlo en el apogeo de su prestigio y poder, pero ya expresando intentos de dejar aquella vida tan peligrosa, porque sabía que el bandolero había aceptado el destierro a Italia. El retrato que de él hace es sumamente favorable e idealizado: nobleza de espíritu, valor caballeresco, audaz, cortés, con una aureola de gallardía y generosidad:

“—No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza —respondió don Quijote— haber caído en tu poder ¡oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren!”.

Ya en el entremés *La cueva de Salamanca* Cervantes había mencionado, con gran simpatía, a este bandolero, al hacer decir a un personaje: “Robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinart en Cataluña, porque él estaba ausente; que, a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio, porque es muy cortés y comedido y además limosnero”.

Cervantes quiere enlazar a su héroe fantástico con un asunto de vivo interés, tanto político para el momento histórico como puramente dramático. En los años 1611-1615 el bandolerismo en Cataluña tomó un aspecto bastante serio para el poder real. Hacía más de un siglo que habían venido agravándose las luchas y riñas civiles en Cataluña, tanto que en el reinado de Felipe III buena parte de la población se hallaba dividida en bandos, siendo los nyerros y cadells los más importantes. Anota Andrés Murillo:

"La lucha entre estos bandos se remontaba a conflictos feudales medievales, y en la época en que se levanta la figura de Roque Guinart tenía un aspecto político. En términos generales, los nyerros, más allegados a la nobleza, defendían los derechos señoriales, mientras los cadells luchaban por los derechos de los pueblos. Pero ello no implicaba una división de clases; se encontraban partidarios de ambos lados entre los nobles, la iglesia, y los villanos. Ambos partidos ansiaban una mayor libertad para Cataluña, por lo que buscaban aliados y protección más allá de la frontera. El bando de los nyerros asumió un carácter afrancesado; sus partidarios se refugiaban en Francia y a él se afiliaban los más de los gascones. *El bandolerismo, pues, había adquirido un matiz de rebeldía política* y era asunto que preocupaba a muchos, por lo que interesa la actitud tan favorable con que Cervantes retrata al más famoso de los bandoleros" (El subrayado es nuestro)².

Todos estos datos nos hacen ver que al llegar a este episodio la novela de Cervantes no refleja tan sólo una realidad sino hechos que apasionaban y trascendían. Esta admiración que comparten poetas y escritores de la época era captada por el pueblo, que sentía verdadera simpatía por el bandolero.

Todo el capítulo se llena con la figura del bandolero catalán, hombre de acción, valiente, noble, justiciero a lo romántico y jefe con excepcionales dotes de mando. En todo el episodio el lector advierte que

2. Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición anotada y comentada por Luis Andrés Murillo. Clásicos Castalia: Madrid, 1978.

don Quijote se eclipsa, se apaga y se transforma en un mero espectador: "Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años, no le faltara que mirar y admirar en su modo de vida". Las pocas palabras que en este trance pronuncia don Quijote suenan a falso y a arcaico, al lado de las de Roque Guinart. Es obvio que detrás de don Quijote está Cervantes; el mismo autor nos ha dicho: "Para mí solo nació don Quijote y yo para él; él supo obrar, y yo escribir y solos los dos somos para en uno". Entonces cabe preguntarnos: ¿qué intenciones movieron a Cervantes a relegar a un segundo plano a don Quijote y exaltar la figura de un rebelde, de un proscrito de la sociedad?

La ambición, en gran parte frustrada, de Cervantes era hallar un equilibrio entre vida y poesía, entre Arcadias ideales y su vida de soldado y hombre de letras. Don Quijote es la poesía, el ideal, la teoría, y Roque Guinart la vida, la acción, la práctica; pero no sólo los límites entre lo imaginario y lo real son imposibles de determinar, sino también los límites entre el arte y la vida. La vida y el arte se interfieren continuamente, pero la vida es una cosa y el arte otra, y saber exactamente en qué consiste su diferencia era un problema que confundía y fascinaba a Cervantes.

El autor del Quijote no era un hombre amargado pero sí un resentido con la sociedad de su tiempo, y Roque Guinart es su respuesta. La exaltación y respeto por la figura del bandolero lleva implícita la condena de la sociedad española del siglo XVI y la actuación de don Quijote condena su propaganda política-literaria: los libros de caballerías.

Don Quijote y Roque Guinart son la "esquizofrenia" de Cervantes; sin embargo, los tres comparten un mismo ideal: un profundo amor a la libertad, que defendieron hasta sus últimas consecuencias. Don Quijote es un hombre que quiere vivir una teoría; ponerla en práctica es su propia existencia, pero nuestro personaje fracasa porque es de otro tiempo, porque él es un espíritu libre, al cual no se le permitió vivir su sueño. No así Roque Guinart. El bandolero catalán es para Cervantes el nuevo caballero andante de finales del siglo XVI; en él está encarnado el ideal de toda rebeldía: la transgresión del código social y de toda norma que no sea la que está determinada por otro espíritu libre. Don Quijote es el pasado, el recuerdo de lo que pudo ser España y no fue; Roque Guinart

es la proyección, la respuesta que nos da Cervantes ante una sociedad que no vio, o no quiso ver, su papel en la historia. Cervantes abre ante el lector las líneas de una sociedad que se presenta como un cúmulo de ilusiones difusas, de creencias tóxicas, enferma de triunfalismos y grandezas imperiales, y es en episodios como el de Roque Guinart donde hemos de buscar la solución a este proceso de irrealidad. Cervantes sugiere en el Quijote, y en particular en este episodio, problemas del conocimiento de la realidad y de la condición humana, del sentido de la vida y de la acción del hombre en el mundo. Es propio de su arte no teorizar a la manera de los novelistas más modernos, ni moralizar a la manera de los escritores de su tiempo; Cervantes narra, cuenta y deja que el lector saque sus propias conclusiones.



